

Pequeño Pushkin

Yeats trató de aprender esgrima a los cuarenta y cinco años. Tiraba el florete como una ballena. A veces daba la impresión de ser más idiota que yo mismo.

A Alejandro Rossi

Ezra Pound

Soy un hombre de acción, me gustan las aventuras. Desde pequeño lo supe: los safaris, los viajes en globo, las tormentas en alta mar, la lucha contra el tiburón, los disfraces del agente secreto, el fuego de las metralletas, el morir por una causa justa o una mujer hermosa, regularían mis actos, mi vida entera.

Cosa de risa, si se quiere: gordo como soy, y bajo de estatura, mi imagen no es precisamente la de un aventurero.

Mi editor tiene razón. Los lectores se desilusionarían, dice, si llegaran a conocerme; y si quiero continuar en la lista de *bestsellers*, debo ocultarme, evitar que me conozcan. Por eso no asisto a conferencias o presentaciones literarias. La editorial se encarga: mantiene mi identidad secreta y contesta los cientos de cartas que a la semana recibo por parte de mis admiradores.

Por supuesto, no falta quien, deseoso de conocerme, se las ingenie para conseguir mi dirección, mi teléfono.

Sucedió con Natalia.

Ya he dicho que estoy gordo. Me gusta comer y lo hago a todas horas. Quiero decir, mientras escribo. Una compulsión, como le llaman los médicos, feliz, a mi modo de ver.

Comenzó cuando niño.

Por aquel entonces, recluso en cama por mi naturaleza frágil y enfermiza, mi querida mamá, al tiempo que procuraba alimentarme con deliciosos y nutritivos manjares, se esmeraba también en leerme, una tras otra, novelas de aventuras. Tenía la idea, educada en un ambiente militar —con mi padre y mi abuelo, los dos excelentes deportistas y soldados, muertos en la Segunda Guerra—, que su hijo llegaría a convertirse en un hombre fuerte y valeroso, tanto o más como lo habían sido ellos.

No se equivocó, por lo menos en parte. De ese niño débil que fui, mis aventuras son hoy conocidas en el mundo entero y mi nombre es sinónimo de acción y emociones fuertes.

Soy escritor.

Una variante que si bien mamá no esperaba, terminó por aprobar y mirar con orgullo: escribo y soy famoso, eso le gusta. Pero al tiempo que avivó en mí la sed de aventuras, despertó también mi muy especial apetito. Ahora no puedo escribir sin comer. De ahí mis veintitrés novelas y, claro, mis ciento cuarenta kilos de peso.

Desde que mamá cayó enferma, sin embargo, las cosas han cambiado. Parálitica como está, víctima de esa embolia que por poco le cuesta la vida, no puede cocinar; yo, por lo tanto, no escribo. Una tragedia nacional, al decir de mi editor. Pensamos rápido y lo primero que se nos ocurrió fue “restaurantes”. Pero esta idea, que en el



fondo era buena, tenía sus inconvenientes. El servicio a domicilio era simplemente desastroso: acostumbrado al sazón de mamá no me gustaban los platillos, o lo que es peor, los comía fríos; y si acudía personalmente, la clientela no dejaba de murmurar: "Mira a ese gordo que escribe y escribe", con el peligro, que aterraba a la editorial entera, de llegar a ser descubierto.

Pensamos en otra solución: una cocinera. Una cocinera que resultó Natalia.

Ella siempre lo negó. Estoy seguro, sin embargo, que supo con quién trabajaría y que hizo lo imposible por ganarse ese puesto. Qué casualidad, me digo, que profesara tal admiración por mis novelas. Las había leído no una sino dos, tres veces, y se moría por conocerme. El primer día se mostró discreta y reservada; después, impaciente, comenzó con las preguntas: que si era alto, bien parecido, que cómo lo conocí, que si estaba de viaje, que si regresaría pronto y que cuánto tiempo tenía de ser su secretario.

Eso pensaba de mí.

Cuando le dije la verdad, por poco y se va de espaldas.

Pensó que la engañaba. Se negaba a creer que ese "gordo-enano", como me llamó, fuera el mismo autor de *Furia en Tanganyka* o de novelas tan renombradas como *Aventuras en la capital del hielo* y *El misterioso personaje de la calle Norte*. Me imaginaba viril y bien parecido. Insistía en saber dónde estaban los trofeos y medallas que debían decorar la casa, o en cómo había cicatrizado la herida que suponía en mi espalda por el zarpazo de *Killer*, el tigre de Bengala, el mismo que había atacado a Richard Roundtree en *Camino a Bombay*, la última y más gustada de mis novelas.

La escuché fascinado y ofendido. Me fascinaba que tal interés despertaran mis novelas y me ofendía que por mi físico me creyera incapaz de escribirlas. Sé que hice mal, en esos momentos, por no haberla despedido. Me hubiera ahorrado molestias y dos o tres explicaciones. Pero Natalia, que resultó una excelente cocinera, cuidaba bien de mamá. Eso la salvó... por lo menos un tiempo. Y, aunque ofendida, sintiéndose engañada, tampoco quiso renunciar. Primero, con la esperanza de ver cruzar por la puerta al apuesto escritor que esperaba, y después, convencida de mis palabras, por el orgullo que representó saber mis misterios.

Así pasaron los días: Natalia, feliz de leer antes que nadie mis aventuras, y yo, primer lugar en ventas, más gordo y contento que nunca.

Pero sucedió lo inevitable.

A Natalia se le ocurrió:

—Escribirías mejor si, en lugar de imaginarlas, vivieras en carne propia tus aventuras.

Una idea absurda, me pareció. Se lo dije pero no me hizo caso. En vez de eso, preguntó misteriosa:

—Tu próxima novela, ¿de qué va a tratar?

—Es de capa y espada —respondí inocente.

—¿Y sabes montar a caballo?

—No.

—¿Esgrima?

—Tampoco.

Natalia pareció decir: "Lo sospechaba..."; después sentenció:

—Vas a aprender. De eso me encargo.

¿Qué hubiera pasado si en lugar de capa y espada mi novela hubiera sido de ciencia-ficción y naves intergalácticas? No lo sé. Pero me convenció. Se puso en huelga de cocina. Tres días, no más, aguanté sin su comida. Al cabo de ese tiempo ya había encontrado un maestro de esgrima con el que, me amenazó, comenzarían mis clases.

—¡Imagínate lo mucho que enriquecerás tu novela!

Para mí era una tontería. Pero era eso o sufrir; y hambriento, derrotado, me vi forzado a tocar a las puertas de esa Academia y conocer a Georges, mi maestro de esgrima.

Georges resultó un hombre musculoso y de cintura breve, que vestía de negro y blandía un florete en su mano derecha.

Abrió la puerta de golpe, como enojado:



—¿Quién carambas...? —comenzó a decir. Después suavizó la voz y se quitó la careta. “*Madame, prier de m’excuser*”, hizo una reverencia y le besó la mano a Natalia. Ella enrojeció de inmediato. “Practicaba un poco”, explicó el maestro. Tenía unos bigotes largos y puntiagudos, que no cesaba de afilar con delicadeza. “Hay que estar en forma”, agregó “por lo que pudiera ofrecerse”. Se inclinó hacia Natalia, y justo cuando creí, y ella también, que iba a besarla, Georges dio un rápido salto hacia atrás, se puso en guardia y comenzó a repartir estocadas que acompañaba con un *touché!* o un *merde!*, según le fuera en su imaginario combate.

Natalia, emocionada, casi aplaudía. Yo, molesto y con hambre, saqué una galleta de mi bolsa y la engullí de un bocado.

Cuando al fin se cansó, Natalia pudo explicarle el motivo de nuestra visita.

Georges pareció no entender; tomó a Natalia de la cintura y la llevó aparte:

—¿Quieres decir que...? —insinuó, sin dejar de señalarme.

Natalia, embobada, dijo sí.

La carcajada de Georges resonó por toda la Academia. A mis oídos llegaron frases como: “Es una broma”, “No lo puedo creer”, “Imposible, con esa panza...” Atrajo a Natalia contra su espigado cuerpo y preguntó, con seductora sonrisa:

—Cariño, ¿por qué no lo mandas al demonio y te quedas conmigo?

Natalia me sorprendió:

—No puedo, es mi marido...

Con la boca llena de galletas me fue imposible protestar.

Georges, en cambio, pareció interesarse:

—Tu marido, ¿eh? —sonrió burlón e intrigante—. Bien, si eso quieres: le daremos una lección al gordito.

¡Y vaya que me la dio!



Pasé una semana en cama, por completo adolorido; lo peor, sin poder escribir. Natalia, que me miraba como si la hubiera salvado de algún peligro, se esmeraba en animarme:

—No te preocupes, que es apenas el principio —decía.

¿El principio? Ni soñarlo. El asunto para mí estaba concluido. No volvería a hacerle caso y mucho menos a poner un pie en esa Academia. Bastante había soporado a Georges, sus ejercicios y sus burlas.

No, nunca más volvería a verlo.

Pero Georges, el difunto Georges, tenía otros planes:

—¡Hola! —se apareció un día por mi propia casa—. ¿Cómo sigue el enfermito?

Su voz, que llegué a odiar, era dulce y melosa, lo mismo que sus maneras; eso, en presencia de Natalia, claro, porque cuando ella nos dejaba solos, no dejaba de insultarme:

—No aguantas nada, gordo-cerdo-pedazo-de-cacho-de-rebanada...

O bien:

—Eres una bola de grasa inmunda, ¿sabías, escritorcito?

Aquel primer día se despidió:

—A ver cuándo vas a la Academia por otra leccioncita... y a bajar unos cuantos kilos, que te sobran por todas partes.

Atendí a su invitación un mes después, aunque por otros motivos. Natalia, en cambio, entusiasmada con Georges, comenzó de inmediato con las lecciones.

—Voy a *tirar* —me decía, con la expresión común en el *argot* de la esgrima. Pero, más que a tirar, iba a que se la tiraran...

Sus ausencias se hicieron cada vez más prolongadas. Faltaba a sus labores y no nos daba de comer ni a mi mamá ni a mí. Llegó al extremo de decir: “Compras en el súper lo que necesitas...”

Lo peor, sin embargo, estaba por venir.

Georges, que para ese entonces entraba y salía de mi casa cuando le viniera en gana, un buen día me saludó:

—Hola, pequeño Pushkin...

Después agregó:

—Natalia es mía, pequeño Pushkin...

Yo no entendí nada.

Si me veía comer, alejaba la charola de los pasteles. Decía:

—No comas tanto; por eso estás como estás: gordo, pequeño Pushkin...

Si me veía escribir, lo mismo:

—¿Qué escribes? ¿Otra de tus novelitas de aventuras, pequeño Pushkin...?

Pushkin, Pushkin, Pushkin para todo. ¿Por qué?

Natalia me explicó:

Georges leyó que a Pushkin, el escritor ruso de aventuras, lo había matado un francés de nombre Georges no-sé-qué, en un duelo por el amor de la esposa de Pushkin, que para colmo se llamaba Natalia.

En su cerebro de hormiga todo coincidía: él era el famoso duelista, yo Pushkin y Natalia, claro, el motivo de nuestra discordia.

A mí me parecía un absurdo pero a ella la idea le fascinaba. Llegó a preguntarme:

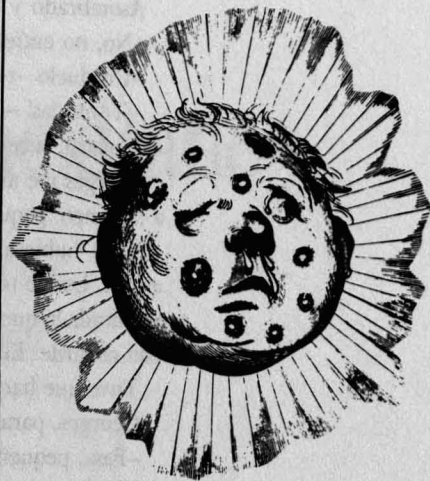
—¿Serías capaz de batirte en un duelo por mí, como Pushkin?

Pensé en sus pasteles, en sus guisos, y estuve a punto de decirle que sí, cuando recapacité. Cocineras había muchas. Si quería a Georges, que se largara con él. Esa fue mi respuesta.

Natalia, lloriqueante, salió de casa jurando no volver a verme. Pero al día siguiente, aún sin animarme a contratar una nueva cocinera o regresar a los restaurantes, terminaba de dar de comer a mi pobre mamá cuando Natalia y Georges irrumpieron en su recámara.

Georges, de rigurosa etiqueta, se plantó desafiante; Natalia, solemne, me entregó una tarjeta:

—Georges te reta a un duelo —anunció—. Mañana a las cinco en la Academia...



Asombrado y temeroso, balbucí:

-No, no entiendo... ¿Qué pasa?

-Un duelo -recalcó Georges-, por el amor de Natalia.

-¡Tonterías! -dije sin pensarlo.

Y, claro, sucedió lo inevitable.

Georges me abofeteó con sus guantes y me gritó: "¡Cobardel!" Agregó: "Mañana a las cinco, pequeño Pushkin", dio la media vuelta y desapareció con Natalia.

Nada hubiera sucedido, nada en verdad, si mamá no hubiera estado. Pero ahí estaba. Lo vio todo, y aunque no podía hablar ni moverse, supe por cierto brillo en su mirada lo que había sentido ante tamaña ofensa. Había escuchado cómo me llamaban cobarde. Ella, que toda su vida había luchado por hacer de mí un valiente...

Tuve que hacer algo. Así que, puntual, acudí a la cita.

Georges, para mi sorpresa, me recibió con grandes muestras de afecto:

-Pasa, pequeño Pushkin, pasa...

Natalia, en cuanto me vio, se echó en mis brazos:

-¡Cuánto me alegra verte! -exclamó.

Yo, sin comprender, traté de apartarla.

-Vengo a un duelo -les recordé y ambos se rieron.

Georges, burlón como siempre, le guiñó un ojo a Natalia, tomó dos floretes y me ofreció uno.

-¿Un duelo? -preguntó-. Bien, pequeño Pushkin, tú lo pides, aquí lo tienes: ¡En guardia!

Tiró mi florete al piso, y cada vez que yo hacía el intento de recogerlo, lo pateaba fuera de mi alcance.

-¿Qué te pasa, pequeño Pushkin?

Le pedí, cortés, que no me llamara así.

-¿Que no te llame cómo? ¿Pushkin? ¿No te gusta ese nombre? Demuestra que no lo eres. Anda, ponte en guardia. Pushkin, Pushkin... -repetía sin cesar y me golpeaba con el florete en el cuerpo.

No pude más.

De la bolsa de mi abrigo saqué una de las dos *Berettas* que llevaba para el duelo y le tiré un disparo en pleno pecho.

-¡Trágate esto! -grité como Joe Snake, el villano de *Cuando la selva lanzó alaridos*. Aún tuvo tiempo de decir:

-No, Pushkin, no -antes de caer, con una cara de asombro que era para mí como un trofeo, sobre la dura y pulida duela del gimnasio.

-Pushkin murió de un balazo -expliqué.

Pero Georges, que acaso se hubiera sorprendido, no escuchaba.

Quedó por completo despatarrado, ridículo en su traje de payaso, recargado sobre su hombro derecho y con los brazos grotescamente doblados por el peso de su propio cuerpo. Los ojos, que quedaron abiertos, miraban incrédulos algo en el piso, y su rostro, con el puntiagudo bigote apuntando hacia abajo, tenía un aire triste. Parecía, con el florete entre las piernas, que con él se hubiera tropezado. Sólo esa mancha roja a mitad del pecho delataba la verdad.

Lo vi moverse, o quizá sólo fue mi imaginación, y le disparé una vez más: frío, sin emoción, con la experiencia que da la práctica literaria.

Natalia, que hasta ese momento había permanecido petrificada, estalló en sollozos:

-¿Qué hiciste? ¿Qué hiciste? -repetía histérica y desenfajada.

La hubiera perdonado, pero confesó:

-Era una broma, queríamos jugarle una broma...

¿Una broma? No podía llegar con mamá y decirle: "Fue una broma."

Le disparé hasta agotar la carga.

-¡No! -gritó con las manos por delante-. ¡No lo hagas!

Demasiado tarde. Cayó, cual pesada era, junto a Georges.

-*Finitum est* -dije, como el asesino culto de *La enciclopedia del terror*.

Soplé al cañón de la pistola y la guardé en la bolsa de mi abrigo.

Como tenía hambre, me fui a cenar. ◇